

LA MODA



REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó de Crochét. Precio de la suscripción 10 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO.—BIBLIOGRAFÍA, por D. Francisco Flores Arenas.—REVISTA DE FUNCIONES DEL PRINCIPAL, por D. Francisco Flores Arenas.—SONETO, por Don G. Boronat.—EL SABOYANO, por Don M. A. de Lavoipierre.—EL ÚLTIMO CANTO DEL RUISEÑOR, por D. Eduardo Bustillo.—LA CALUMNIA, soneto por D. Maximino Carrillo de Albornoz.—EL ASNO COJO, novela original por D. Manuel Fernandez y Gonzalez.—GEROGLÍFICO.

BIBLIOGRAFÍA.

El Angel del hogar.—Flores del alma.

No es la novela ciertamente hija de nuestro siglo; pero ella constituye una de sus mas predilectas lecturas. Esto se concibe bien. Una época de movimiento, de agitacion intelectual, una época que ha visto pasar ante sus ojos tantos portentosos acaecimientos, que ha presenciado tan extrañas peripecias, una época, en fin, cuya historia es casi una novela, ha de acoger con avidez un género literario que es para ella, no ya la verosimilitud, sino hasta casi la verdad misma. Astolfo, por ejemplo, remontándose sobre las regiones de las nubes en su fabuloso Hipógrifo, no pasaba de ser un bello delirio de la rica imaginacion de Ariosto, sazónadamente parodiado por nuestro inmortal Cervantes en el viage del Clavileño; pero un siglo que vé todos los dias elevarse hasta perderlos de vista á hombres á caballo pendientes de un globo, por fuerza ha de hallar menos absurda la aérea correria del amigo de Orlando.

No siendo pues bastante la simple narracion de los pasados hechos á producir un aliciente capaz de interesar á la masa comun de los lectores, fué necesario falsear la historia para embellecerla á los ojos de estos, y la novela histórica surgió llena de atractivos y de errores, dándose en ella libre entrada á la imaginacion, no menos que á las preocupaciones de los que la han escrito y la escriben. Ella cobija bajo su manto la verdad como la mentira, y se cree exenta de respetar nada, puesto que principia por no respetar la exactitud de los hechos.

AGOSTO.

Tanto esta novela como la de costumbres, por el hecho mismo del prestigio que alcanzaban, dejaron de ser en manos de muchos un mero juego de la imaginacion, un pasatiempo agradable y no mas para los lectores. Esplotadas por la malicia se convirtieron con harta frecuencia en un arma envenenada, en un medio de disolucion social, en un instrumento destinado á derruir el edificio de las costumbres públicas. Introdújose la alarma en la sociedad y en la familia, y los que debian velar por la conservacion de estas sagradas instituciones se vieron en la necesidad de estender su mano para protegerlas y ampararlas; pero sus medios no podian ser bastante eficaces á atajar los estragos del amenazador torrente. Era preciso combatir el mal con sus mismas armas; era necesario oponer la novela moral á la novela disolvente, neutralizando el daño de la mala lectura con la triaca de la buena.

En honra del bello sexo, y especialmente del bello sexo español, dirémos que él ha sido quien con mas fé se ha lanzado á la arena en defensa de los sanos principios, y que él ha sido quien á fuerza de talento y de perseverancia ha logrado en gran parte ahogar los gérmenes del mal profusamente esparcidos en el seno de una sociedad irreflexiva é imprevisora. Ahí están sinó los nombres dignísimos de D.^a María del Pilar Sinués de Marco, de Fernan Caballero, de otras mujeres, en fin, distinguidas en las letras; ahí están sus obras, puras como sus almas, elevadas como sus talentos, donde las galas del lenguaje y la llama del genio se embellecen con el perfume de la virtud y con los encantos de la religion: ellas las hacen amables en sus plumas porque á la vez les dan un culto de amor en sus corazones.

Ahora bien, la Sra. Sinués de Marco, con cuya colaboracion ha tiempo se honra nuestro periódico, acaba de dar una nueva y felicísima muestra de su laboriosidad y de su ingenio en la novela *El Angel del hogar*, que habrá de ser una de las mas brillantes hojas de su corona literaria. No son por cierto los habituales lectores de LA MODA los que necesiten pruebas de nuestro aserto. Hay nombres que ya son una garantía, y en este caso se halla el que acabamos de estampar.

Ese mismo nombre al que aludimos acabamos

de verlo impreso al frente de un precioso librito que con el título de *Flores del alma* ha dado á luz muy recientemente la espresada Sra. de Marco. Son composiciones sueltas, de esas que mas á menudo un compromiso social que un propósito deliberado hacen brotar de la pluma. Tanto mejor, porque en ellas la espontaneidad del pensamiento no está nunca avasallada por las pretensiones del escritor. Quien evoca un dulce recuerdo de su patria ó de su edad infantil, quien consagra una página de amor en el album de una tierna amiga, quien vierte una lágrima sobre una querida tumba, ese no piensa en escribir para el público, su fallo no le preocupa, escribe para su propio corazón ó para otros corazones que sabe han de comprender el suyo. Si estas delicadas y modestas flores del hogar llegan algun día á entrar en el dominio comun, no se presentan con orgullo á decir á los hombres: "yo vengo á instruiros, yo aspiro á deleitaros," sino que les dicen tan solo: "ved como yo he sentido."

De este origen sacan toda su belleza las poesías de la ilustre novelista. Bellas por el sentimiento, no lo son menos por las formas. La versificación es fácil, es correcta, el estilo armoniza siempre el asunto.

Ved si nó con qué ternura de sentimiento enumera los tranquilos placeres de otra edad.

"El ramo humilde que al cruzar el prado
Cortaba en mi paseo matutino,
Y que en un ancho vaso colocado
Me daba su perfume peregrino;
El pez que se movía aprisionado;
De mi pintado jilguerillo el trino,
Y la yerba nacida en mi ventana
Que entre las grietas renacia ufana:

Todo vive indeleble en mi memoria
Como en los días de la edad primera;
¡Dulces recuerdos de mi dulce historia!
¡Flores de mi tranquila primavera!"

Los límites de este periódico no nos permiten estendernos como deseáramos.

Siendo la balada entre los géneros cortos el que mas se presta á la inventiva, dicho se está que no podia menos de haberlo cultivado una novelista. Tiene en efecto varios en esta coleccion, y algunos muy bellos, como por ejemplo, *Estrellas y luceros* y *La luna, la aurora y el sol*.

Para que ningun mérito falte á este precioso librito, dirémos que la parte tipográfica nada deja que desear en punto á primor, y que honra á la industria española en este ramo.

Nosotros, que tan sinceramente nos complacemos en las glorias del bello sexo, númen tutelar de nuestro periódico, celebramos estos nuevos triunfos literarios que alcanza en la persona de uno de sus mas dignos individuos, en la de la Sra. D.^a María del Pilar Sinués de Marco.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

Revista de funciones del Principal.

El espacio de que podemos disponer es tan corto, que solo nos es dado ocuparnos hoy brevemente de algunas de las producciones ejecutadas desde nuestra última revista.

Sin prueba plena es una comedia ya conocida aquí y acerca de la cual habíamos emitido en tiempo oportuno nuestro dictámen. Le consagraremos no obstante algunas palabras, aunque estas deberían parecer ociosas despues de lo que acerca de ella han dicho muy oportunamente los apreciables críticos de *El Constitucional* y de *El Comercio*, únicos periódicos que han llegado á nuestras manos. Sus apreciaciones corroboran el dictámen que ya otras veces hemos emitido acerca de las comedias que hasta ahora nos ha dado el Sr. Serra. En vano hemos buscado en ellas originalidad dramática: sus situaciones, sus personajes son siempre prestados. ¿Por qué, sin embargo, sus obras se oyen siempre con gusto? ¿Por qué se aplauden. Porque posee en alto grado el talento de los pormenores; porque sabe sembrarlas de chistes ingeniosísimos y por lo comun de buena ley.

En *Sin prueba plena* hay dualidad en la accion: aquellos contrastes matrimoniales, aquella simetría de ambos grupos, constituirían ya de por sí un defecto grave, aunque además no tuviesen el de absoluta carencia de novedad; pero á pesar de todo eso nos reimos de corazón, y al reirnos perdemos las ganas de juzgar. El saber provocar una risa de buena ley es ya un mérito y grande.

Ha dicho nuestro amigo el Señor Iquino, en uno de los citados periódicos, que el Sr. Romea ha estado en esta comedia como el pájaro en el aire, añadiendo que no parece sino que semejante género ha sido creado para él ó él para semejante género. Adoptamos sin quitar ni poner tilde el párrafo, porque no acertaríamos á espresar con palabras mas oportunas nuestro propio pensamiento.

La Srta. Berrobiano, con su flexible talento, nos presentó allí una encantadora niña vestida de corto; pero que escribe ya á su novio para decirle que el próximo mes van á ponerle traje largo. Estuvo admirable como siempre.

No lo estuvo menos la Sra. Orgaz en el papel de la vieja atildada. Es actriz excelente en su género.

Bien igualmente el Sr. Oltra en el del anciano marido. En estos caracteres ha sabido mostrar que como actor de inteligencia y de buen estudio puede mucho.

La Sra. Scapa, actriz de celo, constante en el trabajo, y que podrá ser hartado mas de lo que es cuando al lado de buenos actores olvide resabios de otros teatros, ocupó muy buen lugar en el cuadro de la ejecucion.

La comedia fué muy aplaudida.

¿Qué dirémos de *La escala de la vida* cuando ya tanto y tanto se habia ejecutado en Cádiz? Que ha sido muy bien ejecutada, con especialidad por los Sres. Romea y Capo. El jóven Sr. Mario nos

hizo reír de muy buena gana en el papel del asistente. Sus disposiciones son felicísimas, y será una notabilidad en su género cuando dejándose llevar de su propia inspiración no copie á otros actores. Entonces de seguro no exajerará nunca sus papeles, como ahora alguna vez hace.

La concurrencia siempre abundante, y frecuentemente abundantísima. Los aplausos muchos. Continuaremos.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

SONETO.

Amun

¿Ves esa tierna y linda florecilla,
Gala de la risueña primavera,
Mecerse voluptuosa y altanera
Del manso río en la pintada orilla?

¿Oyes cual sus primores la avecilla
Celebra gorjeando en la pradera,
Diciendo que la flor bella, hechicera,
Es del pensil ornato y maravilla?

¿Sientes cual zumba en el ramaje umbrío
El huracán que acércase bramando,
Cual arranca la flor, lánzala al río,

Y va de peña en peña resbalando?
Pues así tus desdenes, dueño mío,
Mi triste corazón van destrozando.

G. BORONAT.

EL SABOYANO.

Era el mes de Diciembre, hacia un frío intenso, la noche era oscura, y la nieve, como un plumón de paloma, caía lentamente sobre el empedrado de las calles y extendía sus brillantes copos sobre los árboles, los tejados y los edificios públicos, dibujando sus chapiteles, arcos y columnas.

Las nueve daban en el reloj de la iglesia de San German de los Prados, y los palacios del arrabal de San German se iluminaban ya para los bailes, conciertos y reuniones brillantes, donde los últimos vástagos de los Montmorency y los Crillon se encuentran con los primeros herederos de la gloria de Montenotte y los laureles de Marengo.

Una joven, pobre y diligente trabajadora, cruzaba entonces la plaza que las discordias civiles bautizan y vuelven á bautizar cada diez años: plaza, ya de la Nación, ya de la Cámara de los Representantes, ya del Cuerpo Legislativo, ya del Palacio de Borbon; y adoptaremos este nombre por ser el mas antiguo.

La joven atravesaba pues esta plaza, acelerando el paso para llegar mas pronto á la modesta guardilla á donde iba á reparar sus fuerzas con el sue-

ño, el plácido amigo de la juventud laboriosa, de la castidad sin combates y de la indigencia sin deseos.

De pronto oyó gemidos ahogados, sollozos, lágrimas.... Se paró, prestó el oído, y cayeron sobre su corazón estas palabras, articuladas por una boca infantil:— "Madre mia, pobre madre mia, ¿por qué me separé de tí?"

La joven se olvidó del frío y de la nieve que en torno de ella centelleaba, y no la hizo estremecer el viento glacial que agitaba sus hermosos cabellos negros y desarreglaba la simetría de sus trenzas, virginal adorno de su lindo rostro; corrió, voló hacia aquella voz de un desgraciado, y guiada por su compasión mas bien que por su oído, halló por fin acurrucado en el pórtico del Cuerpo Legislativo un débil niño, uno de esos útiles aventureros de la limosna y del dolor que la Saboya nos envía todos los años, así como los montes de Sicilia nos envían por la primavera las golondrinas. Pero estas traen consigo el sol y la libertad, y los saboyanos, por el contrario, nos presagian las escarchas y llevan con el instrumento que les gana la subsistencia la deplorable miseria que les granjea la compasión.

— ¿Qué tienes, pobre niño? dijo la joven con voz tierna y sonora como la de una maga benéfica, é inclinándose graciosamente hacia el desgraciado.

— Tengo hambre y sed, hermosa señorita; respondió el muchacho en ese dialecto que parece inventado expresamente para triunfar del egoísmo de los malos y conmover la sensibilidad de los buenos.

— Tienes hambre y sed! dijo la joven mirando en torno suyo para ver si pasaba algun ser compasivo. Pero la plaza y las calles inmediatas estaban desiertas, y en el suntuoso barrio donde no se conocen las tiendas solo se distinguían puertas cocheras.... cerradas, como tal vez el corazón de los que allí vivían.

La bondadosa joven se hallaba en la mayor incertidumbre, cuando se abrió de pronto con estruendo una de las puertas cocheras de la calle, y salió un veloz y brillante coche, cuyas bruñidas ruedas hicieron gemir la nieve, pudiéndose oír las carcajadas que resonaban dentro del carruaje, cuyos felices dueños se burlaban al parecer del frío en sus abrigos de raso y terciopelo.

Aquella alegría aristocrática llenó de angustia el corazón de la trabajadora. ¡Qué felices son con su riqueza, pensó, mientras este pobre niño se está muriendo de hambre á su puerta! Dios mío, ¿por qué dais tanto á unos y á otros tan poco.... y á veces nada?

La pobre joven ignoraba que las desigualdades sociales son obra de la civilización, y que sin esos contrastes espantosos que hacen gemir al filósofo y al cristiano no habría industria, comercio ni bellas artes. Pero una joven y cándida niña no está obligada á saber tanto como un miembro de la Academia de ciencias morales y políticas; y por otra parte, tal vez sería posible suprimir la miseria admitiendo la pobreza, porque media un abismo entre estas dos situaciones. La mendicidad secular de los niños que los montes de Saboya nos envían, es ciertamente interesante y digna de apoyo; pero

¡cuántos franceses de tierna edad mueren estóicamente de frío y de hambre en nuestros arrabales, porque tienen sobrado orgullo para pedir limosna!

—Ven conmigo, dijo la joven súbitamente inspirada por el ángel de la beneficencia; ven conmigo, pobre niño, y partiré contigo mi cena y te calentarás en mi pobre chimenea; ven, hijo mío, ven.

Y sin esperar la respuesta del saboyano le tomó de la mano y llevó á su protegido á la guardilla que habitaba en la calle de Beaune. Pero la casa tenía por portero un Argus inexorable, y como las mujeres son siempre ingeniosas para amar y socorrer, María (este era el nombre de la joven) consiguió hacer subir hasta su humilde morada al pobre saboyano, valiéndose de una astucia digna de las estratagemas de Polibio. La ascension era mas difícil en cuanto la habitacion estaba debajo del tejado y subian á tientas. No obstante, la joven y el niño llegaron sin ser vistos ni oídos.

Apenas entró María en su celda, cuyos muebles se reducían á una cama algo dura, dos sillas, una cómoda de nogal y una mesita coja, se dió prisa á encender fuego, y algunos tizones que la económica obrera habia reservado para las noches de frío mas riguroso, sirvieron para preparar la cena y calentar los miembros transidos del niño.

María examinó durante estos preparativos á su huésped, y vió con satisfaccion que á pesar de su miserable exterior tenia una fisonomía franca y noble.

—Cómo te llamas? le preguntó.

—Pedro, señorita, respondió el niño.

—Pues bien, Pedro, ten ánimo, añadió María, pues no solo vas á cenar conmigo, sino que tambien voy á hacerte una cama al lado de la mia. Esta noche al menos dormirás tranquilo.

Mientras le hablaba María, puso la mesa, extendió un blanco mantel, y colocó encima un plato lleno de sopa y otro con algunos restos de salchichería, alimento desgraciadamente habitual á la clase obrera de las ciudades populosas, donde la avara industria no deja al jornalero mas que las horas materialmente necesarias para el sueño.

—Vamos, Pedro, siéntate y cena, dijo la joven acercando una silla á la mesa.

El muchacho se levantó y se sentó á la mesa; pero á pesar del apetitoso aroma de la sopa que María le habia servido, no comia, y por el contrario, con una mano se enjugaba las lágrimas que surcaban sus mejillas, y con la otra parecia sostener algun objeto bajo su chaqueta de recio paño. María apartó de él la mirada, creyendo que la timidez era lo único que le impedía comer; pero al ver que insistía en seguir inmóvil, le miró con rostro severo y le preguntó si estaba arrepentido de haberla seguido.

El niño entreabrió temblando su chaqueta, y María vió estupefacta en una especie de saco que el saboyano llevaba colgado del cuello, la animada cabeza de una marmota, que con el contacto de la luz y hambrienta sin duda como su dueño, saltó sobre la mesa y se puso á devorar la sopa que Pe-

dro empezó á comer tambien, partiéndola con el animal como buen amigo.

María no pudo contener sus lágrimas al pensar que el pobre niño, á pesar de su voraz apetito, no queria comer sin que su marmota, que le ganaba el pan de cada dia, participase tambien del inesperado banquete.

—Has hecho mal, le dijo María, en no haber dado de comer antes al pobre animal.

Y abrazó al niño en la frente sonriendo; pero Pedro comia con tal ahinco, que ni siquiera pensó en contestar. María estaba extasiada ante aquel interesante cuadro, y se olvidó de cenar; la alegría del corazon impone silencio al estómago.

Cuando la marmota se hartó y volvió al saco, y Pedro como ella volvió á calentarse á la chimenea, María preguntó al saboyano si estaba contento de haber cenado y de calentarse.

—Oh! sí, dijo; pero siento que Juan no sea tan feliz como yo.

—Y quién es Juan? preguntó María.

—Es mi compañero, señorita. Nos hemos separado esta mañana, como hacemos todos los dias, dándonos cita para mañana al amanecer en una plaza.

—Cómo se llama esa plaza?

—No lo sé, pero creo que mañana la hallaré. Las casas son tan altas en París, que se hace de noche mas pronto que en el campo, y por esta razon no he podido ir al paraje donde me esperaba Juan. ¿Cómo quereis que esté alegre, á pesar de vuestras bondades, si no sé si Juan ha cenado?

Y el saboyano prorumpió en nuevo y copioso llanto, María se esforzó en tranquilizarle diciéndole que indudablemente Juan habria cenado tambien, porque en París, añadió la joven, hay muchas personas buenas y caritativas.

—Demasiado lo sé, respondió Pedro dirigiéndole una mirada de sincera gratitud.

—Y además, continuó María, una noche se pasa pronto, y mañana hallarás á tu compañero.

Estas palabras calmaron la inquietud de Pedro. María, ya para satisfacer su curiosidad, ya para dar otra direccion á los pensamientos del saboyano, le preguntó por qué se habia separado de sus padres en tan tierna edad.

—Para hacer fortuna, respondió con sencillez; para ganar dinero con que socorrer á mi madre que me espera.

—¿No volverás pues á su lado hasta que seas rico? preguntó María.

—Sí, respondió Pedro; pero quiero reunir antes diez escudos al menos: entonces ya no volveré á separarme de ella jamás.

—¿Lloró mucho cuando te despediste de ella?

—No me despedí, respondió el niño con vehemencia, porque no me hubiera dejado partir. La pobre dormia..... la besé con cuidado llorando.... y partí.

—Solo?

—No, señorita, con Juan y Andrés nuestro vecino, que es mayor y mas robusto que nosotros. Y por eso nos pegaba á Juan y á mí para quitarnos

el dinero que recogíamos para nuestras madres. Finalmente, un día que nos maltrató con crueldad, Juan y yo nos separamos de él antes que se despartase.

—¿Y cómo lo hicisteis, pobres niños? dijo María á quien interesaba cada vez mas tan sencilla historia.

—Contamos al pastor de la casa de campo donde nos habian hospedado, que Andrés nos maltrataba, y le suplicamos que dijera á Andrés que habiamos salido muy temprano tomando el camino de Lyon.

—Y despues?

—En vez de partir, nos ocultamos en un bosque, y pocas horas despues vimos al infame Andrés que corria en nuestro perseguiamiento por el camino que le habia indicado el pastor. Desde entonces no le hemos vuelto á ver.

—¿Y no ha tenido vuestra madre noticia de vosotros desde que os separásteis de ella?

Al oir esta pregunta el rostro de Pedro brilló de alegría.

—Oh! sí, sí, exclamó; le he enviado ya veinte sueldos con Francisco, que ha vuelto al pais.

—¿Es decir que Francisco ha hecho ya fortuna? dijo María sonriendo.

—Sí, señora; pero él tenia un mono y un organillo, y yo no tengo mas que una marmota; me costará á mí mas tiempo, pero tambien la haré.

—Una fortuna de diez escudos! pensó María, y continuó en seguida: sí, Pedro, la harás tambien, porque tu corazon y tu cariño hácia tu madre te acarrearán la felicidad; tu probidad y tu laboriosidad harán lo demás, y Dios te bendecirá!

—Y á Juan tambien?

—Sí, Juan y tú sereis benditos, porque la Providencia no abandona nunca á los que depositan en ella su confianza. Buen ejemp'o has tenido esta noche, Pedro; invocabas á Dios, y Dios ha permitido que te diese un asilo una persona que no es mucho mas rica que tú.

Pedro no respondió; pero tomó temblando la mano de su bienhechora, que estrechó con vivacidad respetuosa.

—Pero bastante hemos hablado, Pedro, y es preciso que uno y otro pensemos en descansar para volver al trabajo mañana.

La cama de María se componia de un colchon y un jergon. Sacó el colchon é improvisó para su huésped una cama.

—El infeliz duerme todas las noches en la paja, pensó María, y bien puedo hacerlo yo una noche para socorrer un desgraciado.

María se retiró castamente detrás de una cortina, para dar tiempo á que su huésped se acostase y durmiese.

Pedro se acostó, sin descuidarse de poner á su lado debajo de la manta á su querida marmota, y un cuarto de hora despues el niño dormia profundamente con el sueño tranquilo que Dios da á los pobres y á los niños.

María se durmió tambien pacíficamente con la

felicidad que ensancha el corazon despues de una buena accion.

Pedro estaba ya en pié cuando la aurora empezaba á dorar los tejados cubiertos de nieve, y París palpitaba apenas bajo su vasto manto de escarcha. María, despues de haberle dado un abundante almuerzo, le acompañó, siguiendo las pintorescas y vagas indicaciones del saboyano, hasta la plaza del Carrousel, y apenas llegaron á la ancha plaza, Pedro lanzó un grito de alegría y enseñó con la mano á la jóven un niño que salia de las desigualdades de una de las vetustas casuchas que afeaban entonces la plaza del Carrousel.

—Allí está Juan! allí está Juan! exclamó Pedro corriendo al encuentro de su compañero.

María vió desde luego á los dos niños abrazarse y dar principio verosímilmente á la relacion de su Odisea del día anterior.

Como estaba terminada la mision de la jóven, Pedro le dijo al separarse de ella:

—¡Dios os pague, señorita, todo el bien que me habeis hecho!

Y este voto de la inocencia y de la pobreza resonaba deliciosamente en el corazon de María, que volvió alegremente á su trabajo dirigiendo á Dios esta breve oracion:

—¡Dios mio, os doy gracias por no haber olvidado vuestros preceptos!...

Creemos sin vacilar que la jóven de 1848 es en el día una madre cariñosa, una amiga fiel y una mujer perfecta.

M. A. DE LAVOPIERRE.

El último canto del ruiñeñor.

Ligeras pasan, mi niña,
para nuestro amor las horas.
¿Recuerdas el sol tan puro
que, disipando las sombras,
llevó con mis esperanzas
alegre luz á tu alcoba?..

¡Mira, mi bien, como triste
va muriendo entre las olas
que al murmurar á lo léjos
parecen almas que lloran!

Besando el mar con sus alas
pasa la blanca gaviota
y busca su dulce nido
sobre la pelada roca.

Y cierra la flor su cáliz,
y duermen las mariposas,
y si la fuente murmura
es porque gime la alondra.

Cruza el ruiñeñor el bosque,
medroso bate las hojas
buscando la fresca rama
donde le encontró la aurora.

Oyes? ¡qué vagos acentos,
qué graves y tristes notas

dirige á la luz naciente
de la luna melancólica!
¿Qué la dice con su canto?
La saluda? la enamora?
ó la revela misterios
de tu pecho de paloma?..

No me ocultes esas lágrimas
que á tus párpados asoman,
que ellas dicen lo que sientes
aunque tu quizás lo ignoras.

El ruiseñor ya no canta...
duerme, mi *Felina* hermosa,
que yo los cantos repito
porque en el alma los oigas,
y alumbra la blanca luna
tu dulce sueño de gloria.

EDUARDO BUSTILLO.

LA CALUMNIA.

SONETO.

Al alzar la Virtud su noble frente
Brotó la vil Calumnia de entre el cieno;
Dióle la Envidia su mortal veneno,
Satán sus alas, su rencor ardiente.

Es cobarde y cruel; mas es potente
En dar lenguas al malo contra el bueno;
La noche oscura abrigala en su seno;
Llega invisible y mata lentamente.

Do quier que clava su infernal pupila
Halla un objeto en que saciar su saña;
Artera siempre su puñal afila;

Su boca es antro en que el Error se entraña
Y la baba asquerosa que destila
Aun al infame que la vierte daña.

MAXIMINO CARRILLO DE ALBORNOZ.

EL ASNO COJO,

NOVELA ORIGINAL

POR D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

CAPITULO I.

ORESTES Y PILADES.

El día 31 de marzo de 1768, á las cinco y media de la tarde y algunos minutos, si no mienten los datos que hemos reunido, leído y meditado antes de tomar la pluma para borrar la relación que nos ocupa; en tal día y tal hora, repetimos, se veían dos seres vivientes caminando trabajosamente hacia Madrid, y ya muy cerca de es-

ta imperial y coronada villa, sobre el camino que hasta ella se extiende vía recta desde Aranjuez.

En tal camino, que no podía calificarse entonces como carretera ni como de herradura, estaba, á pesar de su proximidad á la corte, desierto y abandonado como uno de los muchos que atraviesan á Zahara, y que solo se revelan á veces por las huellas de alguna caravana, aunque en éste profundos carriles, impresos en el fango de una manera reciente, mostraban que durante el día había sido concurridísimo, y que la proximidad de la noche era la causa de su soledad y abandono.

El sol, ocultándose á la sazón en los confines de la Mancha tras las distantes cumbres de Sierra Morena, la alumbraba con sus últimos y débiles rayos casi horizontales, y prolongaba á larga distancia las sombras de algunos altos y despojados álamos; ya cerca y al fondo, tras el viejo puente de Toledo, se veía á Madrid, herido de lleno por la luz occidental y recortado de una manera enérgica sobre un oscuro celaje al sudeste, cargado de nubes, tras las cuales se levantaba lentamente la noche.

Cerca del puente, en una rotonda natural rodeada de árboles y cubierta de yerbas, excepto en el diámetro en que la cortaba el camino, se detuvieron los dos seres vivientes de quien hemos hecho mención como al impulso de una misma voluntad, aunque con distintos objetos: el uno levantó su cabeza inclinada y meditabunda hasta entonces para mirar á Madrid, y el otro bajó hasta tocar la yerba, y empleó en ella sus hambrientas mandíbulas de un modo bastante á probar lo respetable de su hambre.

Aprovechando nosotros este momento, por decirlo así, de descanso, procuraremos dar al lector una idea aproximada de la semblanza de estas dos existencias; eran, preciso será decirlo, un asno viejo montado por un hombre joven.

Pero aquel hombre y aquel asno eran, cada cual en su género y en la situación en que los encontramos, dos tipos originales: el hombre poseía un cuerpo mediano, prolongado por dos largas piernas que colgaban á plomo, con las puntas de los pies casi tocando al suelo en su abandonada posición á burro en pelo; sus brazos largos también estaban asimismo caídos, al mismo tiempo que el perfil de su cabeza se levantaba mirando al frente en un ángulo de cuarenta y cinco grados en relación con la línea entrante de su cuerpo dejado en toda su gravedad sobre el afilado lomo del borrico.

El semblante de este hombre era pálido, pero con esa palidez que caracteriza los temperamentos nerviosos: su frente adelantada y ancha, frente de pensador; sus cejas horizontales en su nacimiento y arqueadas en su extremidad fruncidas de una manera sombría, y adelantadas sobre unos ojos grandes y negros, rasgados, algo salientes y de mirada fija; su nariz afilada y recta, terminando sobre un bigote fuerte y poblado, y bajo el bigote una boca cuyo labio inferior, un tanto grueso y adelantado, copiaba algo ese tipo particular y marcado de las bocas borbónicas; la línea de este sem-

blante era oval, y se veía coronado por una cabellera dividida en la parte anterior por dos bucles anchos y canutados sobre cada sien, y atada en la posterior en el nacimiento de una coleta trenzada con un lazo negro.

El traje de este hombre consistía en un sombrero triangular de los que se conocen bajo la denominación vulgar de tres candiles, una casaca verde de largos faldones, con collarín, solapas y carteras blancas sujetas por anchos botones dorados en los que se leía al rededor de una corona real este lema: Cazadores del Rey núm. 1.º de línea: los calzones eran también blancos, y sobre ellos, llegando hasta cuatro dedos mas arriba de la rodilla, se abrochaban, cubriendo en su parte inferior unos gruesos zapatos, dos polainas de paño negro.

Peró sombrero, casaca, calzones, polainas y zapatos estaban de una manera imprescindible exigiendo un reemplazo; es decir, se hallaban grasientos, raídos, descoloridos y acuchillados de una manera lastimosa.

El jumento (oiga en gracia su descripción el lector) era un bicho casi diáfano por flaco, exánime por viejo, humilde y aplomado como todo burro que ha dado sus primeras quince yerbas á un trabajo asiduo y pesado; era una cabalgadura segura, si bien de lento y desigual paso, capaz de agotar la paciencia de un flamenco. En cuanto á traje asnal, no podia notarse en él otro mas que su piel rucia, pelada á trechos, y surcada en muchas partes por hondas cicatrices, causadas sin duda por el yerro de algun albeitar de lugar.

En fin, con la misma homogeneidad de voluntad que habia presidido á su detencion, ginete y cabalgadura dejaron á un tiempo de mirar y de comer. El jóven volvió á inclinar su cabeza meditando, y el asno se puso en marcha en direccion al cercano Madrid, dando un traspíe á cada paso y procurando obedecer á la amistosa invitacion de su ginete.

—Aprisa cuanto puedas, un poco mas aprisa, amigo Pilades.

Por la frase anterior se viene en conocimiento, aunque parece monstruoso, que hombre y asno eran respectivamente entre sí Orestes y Pilades.

Fuese por costumbre, fuese cediendo al impulso de la voz que le excitaba, el asno pretendia avivar su marcha; jemeño inútil un traspíe mas pronunciado que los anteriores venia á ser el resultado de su obediencia. El asno era cojo, y cojo de una manera perceptible.

Así es que el cazador del Rey creyó oportuno, si llegar queria antes de la noche á la puerta de Toledo, aliviar á Pilades del peso de Orestes, y echó, no sin algun trabajo, pié á tierra, poniéndose á caminar no de un modo mas rápido delante de su cabalgadura.

Entonces pudo notarse una circunstancia que en cierto modo disculpaba la aplicacion del nombre de Pilades al jumento: el cazador del Rey era también cojo.

Por dicha suya nadie habia en el camino que

burlarse pudiera de la coja pareja, que con una lentitud admirable llegó al fin al puente de Toledo.

Peró el asno habia agotado sus fuerzas, y estaba escrito, como dicen los árabes, que aquel dia debia ser el fin de su carrera; dobló las rodillas, inclinó la cabeza y se dejó caer pesadamente en tierra.

¡Dios de Dios! exclamó el jóven cazador del Rey dando una fuerte patada en tierra con la pierna que le quedaba sana, que era la derecha; hé aquí á Pilades que se muere cabalmente cuando va á tocar el fin de su peregrinacion; hé aquí el asno que ha medido heroicamente las Españas con su pata coja, desde el campo de San Roque hasta las puertas de la imperial y coronada villa de Madrid: esto es un mal presagio: yo soy también cojo, y como él y no con menos fatiga he hecho la misma caminata; es cierto que el fin de mi peregrinacion es mas noble, mas alto é indudablemente mas bello; ¿pero quién sabe si al llegar á él no caeré de bruces como este malhadado jumento, á quien es preciso conceder cierto parecido con la suerte mia?

Mientras esto decia el jóven, ponía en juego cuantos medios estaban á su alcance para colocar de nuevo al asno sobre sus tres pies útiles, pero era esto superior á las fuerzas humanas: el paciente animal, pacienciendo y terco como los de su especie, se habia abandonado á la mas terrible de las fuerzas, á la de la inercia.

El cazador tornó una mirada llena de aliento al sol, cuyos rayos horizontales tocaban la azulada y opaca silueta de los montes del Occidente; la luna se habia levantado ya en el confin opuesto, y frias ráfagas de viento arrastraban ante sí gruesos y negros nubarrones, y agitaban el esqueleto de los árboles, produciendo al pasar entre sus ramas milares de silbidos semejantes á los de las serpientes.

En vista de sus inútiles esfuerzos, de la noche que avanzaba y de otras mil razones respetables para nuestro cazador, dejó de estimular la pereza ó el cansancio de su cabalgadura, y se irguió en el ademán del que adopta una resolución extrema; pero antes de abandonar al jumento, se tornó á él con una gravedad extraña y le dirigió, acentuando un tanto sus palabras y con un sí es nó es de comocion, el razonamiento siguiente.

—Pilades; tres meses han pasado desde el dia en que al salir del campo de San Roque, apoyado en un bastón, te ví rodeado de muchachos que te llevaban á una muerte innoble: uno de ellos te conducia tirando de una soga, á cuyo extremo estaba atado tu pescuezo largo y flaco, estirado por aquella fuerza brutal; tú le seguías cojeando; los muchachos cantaban un coro infernal; el hombre á quien habias servido en tu lozana juventud y en tu fatigado otoño, iba detrás armado con la cuchilla del sacrificio: los hombres son muy ingratos, Pilades, y tú ibas á ser una mas entre las numerosas víctimas de su interés siempre mezquino; bien lo sabes, á no ser por mí, tus huesos blanquearian ya despues de haber sido roida tu carne por los perros, los cuervos y las liebres.

El asno, cansado y enfermo, hizo con la cabeza una inclinación de arriba á bajo, que el orador tomó por una contestación afirmativa.

—Eres un asno de talento, amigo mío, continuó el joven, puesto que conoces y confiesas los beneficios; esto no es común: yo conozco muchos hombres que los niegan; nuestras situaciones respectivas tenían y tienen mucho de parecido: yo, pobre como tú, dejado como tú á una suerte miserable, habia abandonado algunos años antes de la época de nuestro encuentro, el techo donde habia dormido los sueños de mi infancia; habia ido á ponerme bajo los pliegues de la bandera española, de estudiante me habia convertido en soldado; queria hacer fortuna, porque amaba á un ángel; tú no entiendes esto, Píladés; pero el amor es un azar en la vida del hombre, un segundo destino que le arrastra con una fuerza superior á sus medios de resistencia, que le transforma, y que á veces hace de un hombre vulgar un héroe ó un bandido.

El joven tornó á Madrid sus grandes y elocuentes ojos, como si á través de sus tapias que se han campeñado algunos en llamar muros, y del revuelto laberinto de sus casas, hubiera pretendido ver la mujer de sus amores. Después de un momento de silencio continuó:

—Sufrí la vida abyecta del soldado, las soeces burlas de mis camaradas que me odiaban porque no podia avenirme con su método de vida; al fin me hicieron cabo, y me respetaron porque tenia poder para castigarlos; luego fuí sargento, me elevaba lentamente, porque estábamos en paz. La guerra con los ingleses vino á alentar mi ambición. La guerra es la suerte del soldado valiente; ella puede elevarle, al par que diezma á los que, ocupando puestos superiores, impiden el adelantamiento de los otros. Yo escuché lleno de entusiasmo el primer estampido del cañon británico, y me lancé al combate lleno de fuerza y de vida y de fé.

Llegó el sitio de Gibraltar; nuestra columna de granaderos, Píladés, se lanzaba á aquella roca desnuda, erizada de bocas de fuego, con un valor que horrorizaba; todos cayeron; la flor de la juventud, millares de hombres que se arrojaban á la muerte, pensando tal vez en llegar á ser capitanes para unirse á sus queridas; todos cayeron sobre su lecho de soldados cubierto por un mar de sangre.

La memoria de sus compañeros exterminados por el cañon inglés hizo brotar una lágrima á los ojos del joven cazador.

—Fué una jornada terrible, amigo mío, continuó dominado por aquellos recuerdos sin notar que el sol habia desaparecido, y que las nubes empezaban á arrojar una lluvia menuda y fria; fué un día terrible. Detenida la columna de granaderos, se mandó avanzar á la de cazadores: mi compañía fué la tercera que subió al asalto, los fusiles á la espalda y las manos y los piés en las rocas; tronaba el cañon, silbaba entre nosotros la metralla; envolvíanos una atmósfera de humo y fuego, y los cazadores como los granaderos caian barridos por la metralla, como esas últimas hojas secas que

arrancan de los árboles el viento del otoño.

Yo subia y animaba á mis compañeros, trepaba con ardor por la escarpadura, y procuraba estar entre los delanteros para ser el primero que pusiese el pié sobre los baluartes.

De repente una doble descarga de fusilería y artillería cayó sobre nosotros; rodaron los primeros y me arrastraron en su caída desde una altura formidable; cerré los ojos, dí un grito y sentí un golpe terrible que me hizo perder el sentido. Cuando volví en mí estaba en el hospital de San Roque con una pierna rota.

Apenas sané; quedando cojo, me dieron mi licencia por inútil, un uniforme viejo y 50 reales para volver cojo y desesperado á la casa de donde habia salido joven y lleno de esperanzas.

¡Oh! si mi piel hubiera valido algun dinero como la tuya, indudablemente me hubieran muerto.

—¡Por qué te llevaban á morir, continuó el cazador haciendo en su razonamiento una transición extraña, para aprovecharse de tu piel, pobre Píladés, que yo rescaté por un ducado!

El asno acabó de inclinar la cabeza y se tendió á la mortecina cuan largo era.

(Se continuará.)

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO ANTERIOR.

En tierra de ciegos es el tuerto rey.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1860.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de Don Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitución número 11.

